

Archivo Extremeño

REVISTA MENSUAL

CIENCIA, ARTE, HISTORIA.

Año I.

Badajoz 31 de Agosto de 1908

Núm. 7

SUMARIO: *Notas Artísticas Elerenenses*, por J. Gestoso y Pérez.—*Cháchara*, por P. Carrasco Garrorena.—*Versos á la amada*, por Juan Luis Cordero.—*Mitos populares españoles (Conclusión)*, por M. Roso de Luna.—*El banco del jardín*, por M. Monterrey.—*La Exposición del Ateneo*, por Luis Bardají.—*Los extremeños en las Cortes de Cádiz (Conclusión)*, por Luis R. Varo.—*Legajo*, por «Balduque».—*Pliego de Historia*, de Documentos y de las obras completas de Diego Sánchez de Badajoz.

Notas artísticas Elerenenses

Es una verdad, que los españoles tenemos que reconocer que está por escribir la historia de nuestras Bellas Artes y de nuestras Artes Industriales. Con respecto á las primeras, algunos eruditos y críticos, como Ponz y Cean Bermudez, nos han trasmitido curiosos datos, y en nuestros tiempos, en todas las provincias de España, vienen dándose á luz interesantes monografías, en que se estudian monumentos arquitectónicos, obras de pintura y de escultura, sin olvidar las producciones de las artes industriales, que si hasta aquí eran consideradas con cierto desden, hoy, por el contrario, despiertan vivísimo interés. Pero, ocurre á las veces, que el erudito halla en los legajos de un archivo noticia de la ejecución de una obra, como por ejemplo el contrato con artistas que se encargaron de realizar la talla de un retablo y los cuadros que habían de decorarlo; el cual retablo, con sus tallas y pinturas, en las vicisitudes de los tiempos, desconocese su paradero. Otras, por el contrario, existe la obra, pero, sus autores permanecen ignorados, hasta que un afortunado crítico los saca á la luz y así de esta suerte van muy lentamente, ilustrandose las páginas de nuestra historia artística, y digo, lentamente, porque dado el poco aprecio que entre nosotros se hace del trabajo de investigadores y de críticos de arte, es una gracia que existan todavía per-

sonas que por puro patriotismo dediquen sus desvelos y se sacrifiquen, por lo que el comun de las gentes menosprecia.

Pero como estas son las corrientes que por desgracia dominan en nuestro país, había que esperar á tiempos mejores, y entretanto nos contentamos con caminar á paso de tortuga, acudiendo con pequeños sillares á la construcción de un monumento que acreditará nuestras pasadas glorias.

Fué Sevilla imperio de las artes en el siglo XVI; y la fama de sus ilustres ingenios atrajo á ella infinidad de gentes de las ciudades y pueblos de su provincia, como de sus limítrofes, que acudían á encargales obras de todas clases. Asombra la producción de objetos artísticos que entonces tuvo lugar, la prodigiosa fecundidad de aquellos insignes maestros de las Bellas Artes y de las Industrias artísticas que eran manifestaciones poderosas de la gran cultura que invadía todas las esferas; tan grande, que hasta en objetos vulgares y corrientes, como los peines, los naipes, los adornos de guarniciones de caballos, reflejábase el buen gusto de sus oscuros artífices.

Entre los mas eximios pintores que florecieron en esta ciudad durante el primer tercio del siglo XVI, ocupó preferente lugar Pedro Fernández de Guadalupe, así no es extraño que sus obras hubiesen sido solicitadas fuera de Sevilla, y que D.^a Juana de Cárdenas, viuda de D. Pedro Portocarrero, le encargase las pinturas de dos retablos en Llerena. Ignoramos las causas porqué el pintor sevillano los dejó sin concluir, viéndose obligado á encomendar su continuación á su colega Miguel Sánchez (de Guadalupe), vecino de esta ciudad, en la collación de San Lorenzo. Tomamos estas noticias del poder otorgado por Pedro en favor del Miguel, cuyo original obra en este Archivo General de Protocolos y lleva la fecha de 18 de Mayo de 1523.

En este mismo documento le facultó, también, para que acabase unos cuadros y terminara otros que había tomado á su cargo en la capilla del Licenciado Luis Zapata, difunto, para la iglesia de Santa María de Llerena, los cuales, tiene que pagarle Alonso Ximenez, Mayordomo del Comendador Francisco Zapata, hijo del Licenciado Luis antes nombrado.

Si de Pedro Fernández de Guadalupe existen obras, como las pinturas del retablo colateral de la puerta llamada de San Cristóbal, en esta Catedral y por tanto podemos apreciar su mérito, del Miguel Sánchez no ocurre lo propio; así, pues, sería muy impor-

tante averiguar: 1.º Si es conocida la capilla de los Zapatas en Santa María la Mayor de Llerena, 2.º si existe en ella un retablo con pinturas de principios del siglo XVI, pues todas las probabilidades favorecen la creencia de que fueron ejecutadas por Miguel Sanchez, del cual nada conocemos al presente. Si algun curioso llerenense se tomase este trabajo, prestaría un servicio al arte pátrio.

En cuanto á los dos retablos que comenzó á pintar Pedro, y concluyó Miguel, por encargo de D.^a Juana de Cárdenas, creemos difícil precisarlos, dado el laconismo con que se halla extendido el poder de que hemos hecho mérito.

Floreecía también en Sevilla, por estos tiempos, como pintor afamado, Antón Pérez, que hizo varias obras importantes para esta Catedral, de las cuales ninguna se conserva, é igual triste suerte alcanzó á otras para iglesias y particulares (1). En 22 de Abril de 1539, se concertó con los entalladores Diego Vázquez y Francisco de Vega «á hacer en un retablo ques del licenciado Mena vecino de Llerena la obra de pintura é dorado contenida en unas condiciones... del tenor siguiente: Tendría el retablo «24 palmos de alto y 16 de ancho con un banco dividido en tres compartimientos con la salida de Jerusalém (sic), el Descendimiento y la Quinta Angustia y en lo demás un crucifijo de bulto con dos ladrones al natural y en el tablero de la espalda del Crucifijo á de aver pintado lexos conforme á la grandeza de los bultos.» Toda la pintura seria al aceite, conforme á muy buena obra. El retablo habría de colocarse en un arco y «por el papo de y ladas a de yr una guarnición de talla y magenes de bulto y toda esta talla y quanta en el retablo oviere á de ser dorada de oro fino bruñido y colores don le mas fuere menester.»

Daría la obra terminada para el día de Santa María de Agosto del año próximo venidero, pagándosele por ella el precio que fijaran pintores nombrados por ambas partes. Recibió adelantado 20 ducados.

Dados los antecedentes expuestos, ¿no podría algun curioso buscar este retablo ó comprobar la existencia de las tablas en que el artista sevillano pintó la *salida* de Jerusalém, el Descendimiento y Quinta Angustia, que bien pueden estar diseminadas

(1) Gestoso.—Ensayo de un Diccionario de los artífices que florecieron en Sevilla desde el siglo XIII al XVIII inclusive, Tomo II.

por los muros de alguna iglesia, caso de que el retablo hubiese sido desbaratado?

Tócanos hablar ahora del insigne maestro Juan Martínez Montañés.

En 9 de Agosto de 1597, él y su colega no menos famoso, Juan de Oviedo, «obligaronse á hacer un retablo que el dicho Juan Martínez Montañés tiene tratado y concertado de hacer en la villa de Llerena, en un monesterio de monjas, conforme á la traza y condiciones y por el precio y segun y de la manera que el dicho Juan Martínez lo concertase, y asimismo me pueda obligar, juntamente con el de mancomun, como dicho es en otros cualesquier retablos de cualquier género y calidad que sean, que por cuenta suya de por mitad tomase á su cargo de hacer en la dicha villa y en otras cualesquier partes y lugares segun y como y de la forma y manera que lo concertase y recibir y cobrar el precio y precios porque se concertasen de hacer los dichos retablos y se dan por pagado dello... etc.»

Cierto que en este documento se habla solo de «un retablo para un monesterio de monjas», sin citar cual de los que entonces existían en Llerena, pero como según tenemos entendido, no hubo muchos en aquella ciudad, la excelencia de la obra es motivo suficiente para distinguirlo entre otros y comprobar si existe ó nó.

Este documento, con otros análogos, aclara lo duda que á algunos críticos ha asaltado, en vista de la prodigiosa fecundidad del gran escultor, al preguntarse: ¿pudo Montañés él sólo producir el número de obras que se le atribuyen?

Demuestra esta escritura que tuvo colaboradores, que otros artistas lo auxiliaron, pues hay que advertir que no solo atendía al cumplimiento de sus numerosos encargos, sino que atendía con actividad pasmosa á asuntos de muy diversa índole, especialmente á los que tenían por objeto el comercio de frutos y especias que venían del Nuevo Mundo, la compra-venta de esclavos, etc.

Hacemos aquí punto con la esperanza de que algún curioso Llerenense, aprovechando estas indicaciones, tenga el gusto de descubrir en su ciudad las obras de Pedro Fernández, Miguel Sanchez, Antón Pérez y Juan Martínez Montañés, sino es que la ola de la ignorancia ha sepultado sus obras en los abismos de la destrucción, como tantas obras de las cuales no queda más que la memoria de su existencia.

CHÁCHARA

Sr. D. Antonio Arqueros.

Amigo mio: Me pide V. un artículo para el ARCHIVO EXTREMEÑO, y yo, que no sé negar nada, me encuentro luchando entre el deseo de complacerle y la imposibilidad de servirle un guiso sustancioso y bien condimentado, cual lo apetece el paladar de los lectores de su documentada revista. Siendo un eterno aficionado á leer de todo, nunca he tomado ni tomaré esas notas que le permiten á un erudito, en casos como este, formar aquella famosa lista que empezaba por la A y acababa por la Z. Soy por esta razón un indocumentado, y por más que torturo mi memoria procurando recordar algo digno de *archivarse*, este algo no parece y solo me atrevo á brindarle un rato de *cháchara* amistosa.

Acá para entre nosotros, creo que la habilidad del periodista consiste en escribir lo que piensan sus lectores, y yo tengo el punible vicio de no doblegarme al pensamiento de los demás; y así ocurre, que muchas veces siento el pudor de las ideas, el miedo de mostrarlas desnudas al examen de otras miradas, por el temor de escandalizar espíritus más metódicos y disciplinados que el mio.

Examinándome á mí mismo, recordando las fases tan distintas porque ha pasado mi inteligencia hasta el momento actual, imaginándome el sinnúmero de cambios que sufrirá en lo futuro, siendo tantos los conceptos que creí verdades y luego deseché como engañosos espejismos, aplico el cuento á los escritores profesionales y encuentro lógico que prescindan del yo actual, y piensen en el público, no diciendo siempre lo interno y sí lo externo, lo

que flota en el ambiente que les rodea. En estas razones he visto yo á veces una de las causas que pudiéramos decir motivo psicológico, de la falta de fe en los principios, carencia de entusiasmo y sinceridad de que se acusa á nuestros periodistas y publicistas; aparte de que la sinceridad suele tener por madrastra la impopularidad, y no todos los espíritus tienen energía para arros-trar ésta.

Bajo este punto de vista, la cuestión para un escritor sensato no tiene más que dos soluciones: ó pulsar la opinión, y visto el común sentir, hacerse intérprete de él, ó dejando preocupaciones á un lado, exponer lisa y llanamente su criterio, aun á riesgo de ponerse en contradicción manifiesta con la generalidad del público. Esto último es menos hábil, pero lo creo más honrado.

Poniendo un ejemplo en mi humilde personalidad, yo recuerdo cómo se imponía á mi razón el concepto de lo finito y cuán débilmente acertaba á comprender lo infinito; y hoy no me atrevería á confesar públicamente que voy creyendo la finitud algo convencional, una abstrucción hija de mi conocimiento imperfecto. Voy á explicarle sobre un hecho material, las razones de este cambio:

Tengo una naranja en la mano, un objeto que parece perfectamente limitado en el espacio. Y sin embargo, ¿donde está esa limitación?

De materia no será, pues sin solución de continuidad, el aire la envuelve y donde el aire termina, en esa oscura noche del vacío, que diría un poeta al espacio planetario, el físico necesitó colocar el éter, materia al fin y al cabo, para explicar la propagación de la luz. Enseguida me objetará V., que el aire no es la naranja; ¿pero es que se puede determinar donde termina la una y comienza el otro? En primer lugar, el olor es algo material, formado con sustancia que procede y pertenece á la naranja, y ese se extiende alrededor de ella, no sabemos hasta donde, pues la impresión fisiológica del olfato es grosera para poder señalar un límite ni aun aproximado. En segundo lugar, el examen al microscopio ya nos señala un límite difuso, tanto más cuanto mayor es la amplificación, y donde no llegue ésta, pensemos en la célula y en sus cambios con el exterior, necesarios para su vida orgánica, y el límite se hace tan vago, tan convencional, que podemos imaginarlo en un instante, pero no en modo alguno fijarlo con sólida exactitud.

Esto es, que la sensación visual nos daba un cuerpo limitado; pero un análisis detenido, auxiliado con los medios que la cien-

cia pone hoy á nuestro alcance, no distingue más que materia dentro de un medio material que la envuelve por dentro y por fuera; y si establece una separación por el distinto estado de una y otra materia, esa distinción es vaga, sabiendo que está actuando la una sobre la otra, compenetrándose y modificándose continuamente; y donde parecía existir un límite preciso y determinado, solo existe una diferencia de forma, organización, etc.; en una palabra, diferencia de accidentes y no de sustancia, que podemos suponer determinada en un momento dado.

En resumen, ¿donde está ya aquel concepto de finitud en el espacio que tan claro parecía á nuestros ojos? En cambio aparece la materia apretándose para la continuidad y extendiéndose indefinidamente para robustecer el concepto de lo infinito.

Y cuanto he dicho de la naranja de mi ejemplo, podría repetirse para cualquier otro cuerpo, con pequeñas variantes.

Podría insistir en este asunto y continuar poniendo peros á la finitud en el tiempo como en el espacio, más esto me llevaría á escribir un artículo que pudiera titularse «reparos al sentido común», y me he prometido no hacerlo.

Estas reflexiones mías, si se leyeran, parecerían á los científicos algo filosóficas, y á los filósofos algo científicas, y á los unos y á los otros chifladuras de los otros y los unos; pero V. hará un uso discreto de mis desordenadas letras, y creo que el mejor sería romper estas cuartillas.

Si á pesar de todo, insiste en sacarme á la vergüenza pública, suprima cuanto quiera, rotúle como se le antoje y habrá complacido á su amigo,

P. CARRASCO GARRORENA.

VERSOS Á LA AMADA

Lirismo.



¡Princesita! paloma que en el seco camino
encontré de mi vida y mi obscuro destino
animosa y amante se propone seguir;
inefable consuelo que mis penas aleja,
que á mi mente atrofiada de sus brumas despeja
y la siembra de gérmenes de lozano sentir;

Santa musa querida que le das á mi canto
armonías secretas, dulcedumbres de encanto,
y felices y gratas añoranzas de amor:
á pensar en mañana mi pesar te convida,
á pensar en la lucha que me ofrece la vida,
en la lucha que trunca mis ensueños en flor.

Yo no quiero mentirte, yo no quiero engañarte,
y por eso tan solo me decido á contarte
la inquietud que me acosa, ¡que me llena de afan!,
pues si adverso destino nos persigue algún día,
ignorando lo artero de su saña sombría,
fácilmente te envuelve su feroz huracán.

Porque yo siendo niño, por el brillo cegado
de este mundo embustero de oropel recamado
imprudente á la lira del vivir me arrojé,
y tan solo miserias me salieron al paso

y en los mismos albores vislumbré ya un ocaso
que los brotes lozanos marchitó de mi fé.

¡Seductora gacela que idolatra mi alma!
¡Luz y bálsamo santo que me cura y me calma!
¡Pobre reina futura del harén de mi hogar!
¡Cuán feliz yo sería si tú nunca supieras
que á las almas ingénuas, que á las almas sinceras
amarguras tan solo les depara el azar!

Es preciso que sepas que del mundo en las lides
hace falta la ciencia de rastreros ardides,
la conciencia es estorbo si se aspira á vencer;
porque el mundo, bien mio, es jardin engañoso
que entre flores y aromas guarda el virus morboso
que se aspira en el goce de mentido placer.

La Amistad, santo nombre que el hipócrita invoca,
santo nombre que es burla y es escarnio en su boca,
que vulnera sacrílego sin sentir aflicción,
con el fin engañoso de ganar voluntades,
de premiar con traiciones, de pagar con maldades,
los ingénuos arranques de leal corazón.

En el báratro horrible de este mundo embustero
no hay mas Dios que la farsa ni mas ley que el dinero,
arma impía y despótica es la vil Vanidad,
y se viste y se adorna la Mentira asquerosa
con ropaje de luces, con honores de diosa,
inmolando en sus aras á la excelsa Verdad.

El Amor, patrimonio de las almas ardientes,
y el Honor, don precioso de los pechos valientes,
son juguetes, ¡oh mengua!, del cobarde, del vil.....
que imagina se compra tan preciado tesoro
con manejos, intrigas... y puñados de oro,
de sus malas pasiones cortesano servil.

¡Ay del alma inocente que se enrede en sus lazos!
¡Ay del alma ignorante que se arroje en sus brazos!
¡Ay del alma que el brillo de lo externo cegó,

pues verá sin remedio que al finar la partida,
entre penas y anhelos se consume su vida
sin hallar el fin sumo que insensata soñó.

Ven conmigo y no temas esas luchas cruentas;
¡vámonos do no alcancen tan feroces tormentas,
á un rincón solitario nuestro amor á gozar!
Á una choza escondida tras espeso ramaje,
do nos duerma la brisa cuando bese el boscage,
donde canten los pájaros la ilusión del amar.

Donde nadie nos mire, donde nadie nos vea,
donde tú seas mía, donde yo tuyo sea,
donde pueda en tus labios tu azul alma beber;
donde en horas de calma te recite mis versos,
donde en horas de fiebre te confunda en mis besos,
donde pueda tornarse singular nuestro ser.

Te haré ver que un poema es de amor un abrazo,
mil doradas quimeras soñaré en tu regazo;
en amarte tan sólo cifraré mi ideal;
te amaré con anhelo, con locura de niño,
te amaré con volcánico, con inmenso cariño,
¡con amor sobrehumano! ¡con amor inmortal!

Me darás tú por premio tu más dulce mirada,
tu más bella sonrisa, y en mi amor embriagada
te veré conmovida suspirar de emoción,
y al mirar transportados por Amor tus sentidos,
con mi trémula mano contaré los latidos...
los latidos febriles de tu fiel corazón.

JUAN LUIS CORDERO.

Cáceres, Julio 908.

MITOS POPULARES ESPAÑOLES

El anillo de Zafira.

(CONCLUSIÓN)

La leyenda trascripta en el número anterior, cuyo origen franco es indiscutible, debió ser introducida en España por los días de la reconquista catalana, y desde allí se extendió por toda la Península, como «Los Doce Pares», «El Conde de Partinoples», «Oliveros y Artús», y tantas otras que, cual aquella, corren en los pliegos de cordel publicados por la casa Hernando de Madrid, con refundiciones de trabajos anónimos mucho más antiguos.

Desde este punto de vista, carecería de importancia para nosotros, si no fuese por los elementos de influencia oriental que sirven de núcleo á la leyenda, ó sean los dos anillos mágicos: uno que dá amor ó vida y otro que acarrea la muerte; símbolos respectivos de la mágica influencia del bien y del mal sobre la Tierra.

De aquí data, en efecto, todo el profundo interés de los mitos y leyendas, joyas inestimables del saber popular, en el que se ocultan enseñanzas fecundísimas en el doble aspecto religioso y científico; esto es, de la virtud y de la ciencia. Todo aquel que logra sujetar á la Naturaleza rebelde ó á su propia y pecadora carne, más rebelde aún, es un sér que obra prodigios, un taumaturgo, que lo mismo puede emplear tamaños poderes en bien de la humanidad, como en labrar lentamente su ruina.

La leyenda toda del anillo de Zafira, se apoya en los poderes sobrehumanos atribuidos al místico anillo de Salomón, coincidiendo en esto con multitud de sus análogas orientales, conocidas por

«Las mil y una noches», obras de sin igual belleza que valen por el mejor de los trabajos de filosofía, como ha demostrado admirablemente el catedrático de la Universidad Central Dr. Bonilla y San Martín en su «Mito de Psiquis» (1).

El famoso anillo de Salomón es sin disputa el símbolo científico religioso más profundo, como lo ha demostrado uno de nuestros mejores y menos conocido de los pensadores españoles (2). Consiste este símbolo en dos triángulos equiláteros cruzados ó con un centro común y circuidos por una circunferencia ó serpiente mordiéndose la cola: la figura, en fin, que todos conocemos por haberla visto estampada sobre los clásicos *ochavos morunos* que hasta hace poco circularan en España. Figura tan sencilla tiene, en efecto, más propiedades mágicas que las que la leyenda le atribuye, porque si es quizás muy problemático el que pueda servir para los fines en que, según ella, la emplease Zafira, es rigurosamente científico el que en semejante símbolo está encerrada la parte más profunda de la Geometría, desde los conjugados armónicos, base de la nueva Geometría de posición, debida á Chasle, Poncelet y Brianchon, hasta las proposiciones admirables que se han podido descubrir en los fragmentos del tratado de los Porismos atribuidos á Pappus, geómetra neoplatónico ó alexandrino del siglo IV (3), y no hay que decir con esto si goza ó no de propiedades mágicas el símbolo, pues no pocas de nuestras asombrosas conquistas en ingeniería mecánica, física, matemática, astronómica y química están apoyadas, como es sabido, en la Geometría.

Esto y no otra cosa, es lo que quiso decir la leyenda oriental

(1) «El Mito de Psiquis»; «Un cuento de niños»; «Una leyenda simbólica» y «Un problema de la filosofía», por D. Adolfo Bonilla y San Martín, catedrático de Historia de la Filosofía en la Universidad de Madrid. La reseña detallada de esta notabilísima obra puede verse en «El Mito de Blanca-flor», que aparecerá por estos días en la «Revista de Extremadura».

(2) D. Rafael Urbano en su precioso librito «El Anillo de Salomón». «Un regalo de los dioses»; biblioteca orientalista de R. Maynadé, Princesa, 14, Barcelona.

(3) La demostración de esta tesis puede verse en mi artículo «El sello de Salomón», publicado en el número de la revista «Sophia», de Madrid, en Octubre de 1907. El sello citado es base de toda la teoría del cuadrilátero completo y define casi un millar de puntos y rectas en el plano y sirvió además á Platón y Pitágoras para sus teorías acerca de los tonos musicales.

del más sabio de los reyes, envolviendo una verdad científica tamaño, heredada de caldeos, con el fantástico ropaje del mito, para que pudiese ser transmitida tradicionalmente, por pueblos infantiles hasta llegar á nuestros días en que la crítica filosófica, que tanto ahonda en el estudio de las religiones comparadas, descubriese su verdadera esencia científica, bajo la corteza mitopéica con que la envolvieron los siglos.

No nos extrañará ya con esto que la leyenda salomónica vaya unida á toda tradición de las humanas grandezas. Así vemos que el sabio hijo de David se dice debió al misterioso anillo su ciencia y esplendores. En el mito de «Blanca-Flor», uno de los trabajos impuestos al Príncipe por un tiránico ogro, fué el sacar del fondo del mar la preciada joya salomónica. En la leyenda europea del «Robo de Elisa ó la Rosa blanca encantada», también cae del cielo á los pies de la doncella la famosa sortija. En la leyenda de «La Hermosa de los cabellos de oro», con que se celebran los desposorios de Fernando y Tarsila, ó sea la conquista de Andalucía por Fernando III el Santo, juega asimismo el talismán consabido, como antes jugase la pata de la famosa Mesa de Salomón—otra variante del símbolo—en el tesoro de Muza y en las deliciosas leyendas orientales de «El Príncipe Selim de Balsora»; «Las tres princesas encantadas»; «El Toro blanco encantado»; «Un mago rojo»; «Aladino ó la lámpara maravillosa»; «El Conde de Partinoples» y cien otras, madres sin duda de multitud de prácticas religiosas profanas de todos los pueblos, tales como el anillo de desposorios desde la antigüedad más remota; el simbólico de las bodas de los Duc venecianos con el mar; el anillo de los Nibelungos; el *annulus piscatoris* apostólico etc., etc., ya que, como dice un pensador español, los cuentos orientales son la fuente de la fantasía europea: Perrault y Lafontaine, Baudello y Straparola, Carlos Gozzi y Juan de Timoneda, han tomado sus cuentos de los árabes. «La vida es sueño», de Calderón, y «Zadig», de Voltaire, son asimismo cuentos árabes. «Fausto» es una leyenda alemana, «Otello» es una leyenda histórica italiana, «El alcalde de Zalamea» es un cuento español, «Don Juan Tenorio» es un cuento que ha sembrado el mundo de cuentos y de dramas, «La Dolores» nació de una copia aragonesa...

Podrían escribirse cien volúmenes sin que llegara á agotarse el fondo científico del símbolo salomónico del anillo de Zafira. Con dos triángulos y un círculo puede simbolizarse, en efecto, la

Naturaleza entera. Aquellos representan el eterno dualismo del mundo; éste la Suprema é Incognoscible Deidad Unica. Los teoremas de geometría rectilínea; los problemas de la fuerza; los misterios de la sexualidad universal y trascendida; los esqueletos ó núcleos de la química biológica apoyados en el exágono ó doble triángulo de la bencina; los principios del color y del matiz; las leyes de cristalización del agua; los esquemas de la evolución de las formas orgánicas, todo todo, está abarcado ante la vista del filósofo por el doble triángulo cruzado del símbolo. La acción de lo uno en lo vario; la órbita astronómica; la trayectoria terrestre de los proyectiles; la teoría del límite; la forma más típica de revolución; el repetirse á distancia de las notas fundamentales de los hechos históricos, todo también está comprendido en el cielo cerrado de la circunferencia y elipse, ó en el cielo abierto de la hipérbola y la parábola, es decir, en la serpiente egipcia que rodea al talismán repetido.

No es de extrañar después de esto que las leyendas del folk-lore universal hayan enlazado siempre toda época de grandeza con la posesión del divino anillo, porque la verdadera grandeza humana de él sólo proviene, es decir, de sólo la ciencia que entraña su hondo simbolismo.

Pero hay dos clases de ciencias, idénticas en su contenido mental, y diametralmente opuestas en su contenido ético, y es cosa esta que no ha ignorado en modo alguno la leyenda. Zafira, en efecto, poseía dos anillos fácilmente confundibles por los inexpertos y los aturdidos: el uno infundía el más divino de los sentimientos: el amor sin mancilla; el otro acarreaba la muerte ó la aniquilación, porque la ciencia del hombre es en verdad un arma de dos filos, que lo mismo dá la vida cuando cae sobre corazones puros, orientados sólo hacia el bien de la humanidad, hacia la fraternidad y el amor universales, que dá la muerte cuando es poseída por protervos, quienes hacen de este mágico instrumento de salvación, armas de egoísmo, de dolor y envilecimiento, dentro de la más horrenda de las teratologías: la de un cerebro de excelso pensador alimentado por un corazón de cieno..... De esto hay mucho.

¿Crecen paralelamente en las sociedades contemporáneas el cerebro y el corazón? ¿Queremos hoy ser más sabios para ser mejores con nuestros hermanos los hombres? No lo sé, pero tengo por cierto que cuando no aunamos en nuestra vida la honda menta-

lidad de la ciencia con la divina espiritualidad de la virtud, estamos irremisiblemente perdidos.

Moriremos envenenados por el negro anillo de Zafira.

Acaso murieron así los misteriosos pueblos enterrados bajo la arena de los desiertos. Acaso la culta Europa muera así algún día.

M. ROSO DE LUNA.

EL BANCO DEL JARDÍN

A la Srt. Julia Vázquez.

El banco donde Ella
soñando me esperaba,
abandonado miro
al fondo de la senda solitaria.

Quizá en sus soledades
sintiendo la nostalgia
de la dulce y mimosa
caricia de su falda.

¡Cuántos secretos sabe
el banco de mi amada!
¡Nos oyó tantas dulces
y amorosas palabras!

El fué de nuestras citas
el confidente. El daba
reposo á nuestros cuerpos,
ventura á nuestras almas.

En él hicimos cuna
á todas nuestras bellas esperanzas...
¡Cuántos besos partieron temblorosos
á posar sus murmullos en las ramas
como aves perdidas que en el bosque
al fin el nido que dejaron hallan,

Hoy el banco se cubre de hojas secas,
hojas que el cierzo del otoño arranca,
y no de aquellos pétalos de rosas
que en sus silencios ella deshojaba.

Hoy lo alumbra el reflejo de un sol yerto.
Ayer la diamantina luz del alba.
Hoy los grises caudales de la bruma,
ayer el tul azul de la esperanza.

Hoy sus noches sombrías;
ayer de luna y astros incendiadas...
Hoy el banco está triste
sintiendo la nostalgia
de sus pulidas manos
y el leve roce de su fina falda.

¡Su silencio es de tumba!
¡Le falta la alegría de su charla!
¡Y la nota sonora de sus besos!
¡Y los dulces suspiros de su alma!

MANUEL MONTERREY.

LA EXPOSICIÓN DEL ATENEO

Para todos los que aspiran á un renacimiento de la vida española, en sus notas originales y características, las que nos dieron fisonomía como pueblo, esta Exposición que se está celebrando en el Ateneo, tiene que haber sido una alentadora esperanza, no ya por la pujanza y brio de nuestros pintores, mas también por el interés que el público ha demostrado por ella, y no solo el culto y distinguido, sinó principalmente el popular é iletrado, que ha querido y sabido bañar su espíritu de poesía y de arte, y que ha juzgado las obras expuestas con la candorosa ingenuidad—exenta de prejuicios y dogmas de escuela,—que pone, alegre, en todo lo que le conmueve y le agrada.

Para ellos, para los humildes, los abatidos por el trabajo rudo y el vivir angustioso, ha sido esta Exposición una gran fiesta. Respondiendo nuestros pintores á una corriente que á todos se impone y que en la pintura española iniciara Sorolla, han elegido para sus obras tipos y personajes populares, y, ellos también, hombres de su tiempo—siempre los artistas fueron precursores—han afrontado el pavoroso problema de las modernas sociedades. Los que afirman que el arte moderno carece de ambiente porque los tiempos que corren son de egoísmo y de lucha, se habrán convencido, visitando la Exposición del Ateneo, de lo equivocado de su aserto, sobre todo si han mirado los cuadros como algo más que un recreo de la vista, y entrándose ojos adentro por el alma de los personajes que Hermoso pinta, ó adivinando tras la tosquedad de los contrabandistas portugueses, de Covarsí, toda una mentalidad dura y bravía, en lucha con la ley, con las estrecheces y la miseria, han sentido la infinita tristeza de los moder-

nos combates, que pone en los rostros de todos, hasta cuando se rien, un gesto de abatimiento y de amargura.

A tiempos de transición como los presentes, en los que la humanidad adivina con anhelo y con espanto que se aproxima el advenimiento de un mundo nuevo, necesitabanse también artistas inquietos y nerviosos que los interpretaran. Por la sola potencia de su genio, Hermoso acertó hace dos años en este género de pintura. La Juma, la Rifa y sus amigas, cuadro de originalidad suprema, fuera de todo convencionalismo, fué el éxito más resonante de la Exposición Nacional pasada. Al cabo de dos años, Hermoso volvió á la lucha más que nunca animado, pero justo es reconocer que, ante la crítica, no con el mismo venturoso suceso. Aquí, por lo menos, se le ha discutido y censurado, suponiéndose por los más benévolos que nada de lo presentado igualaba á la Juma, al cuadro origen de su popularidad y de su gloria. Es lo más grave que puede decirse á un artista que empieza; suponerle estancado, agotado, incapaz de producir nada superior á sus primeras obras.

Me recuerda esto lo ocurrido con López Mezquita. A los 19 años logró una primera medalla por su cuadro «Los presos». El cuadro estaba bien hecho, pero la recompensa fué excesiva, aunque público y crítica estuvieron de acuerdo para adjudicársela, en un deslumbramiento que se explica bien por los efectismos del cuadro y por las extraordinarias circunstancias que concurrían en su autor. Vinieron nuevas exposiciones y Mezquita mandó nuevas obras, algunas—el retrato de su madre, por ejemplo—superiores á «Los presos». Pero el público había vuelto de su deslumbramiento y guardaba cierto rencor al artista que le había sorprendido. Se le negó todo; se dijo de él que no pasaba de ser un artista menos que mediocre, que gustaba de pintar crepúsculos porque la mortecina luz del anochecer tapaba los desdibujos; que no dominaba el color, ni sus cuadros tenían ambiente y fué preciso que Mezquita siguiera produciendo, agobiado por el peso de su primera medalla, para que al fin una crítica justiciera haya venido á juzgarle desapasionadamente y colocarle en el lugar distinguido que en la pintura contemporánea le corresponde.

Hermoso también deslumbró al público y á la crítica, pero en este caso la admiración y el asombro fueron legítimos. En la pasada Exposición Nacional, donde de los consagrados, sólo Rusiñol ostentaba una personalidad original y propia, Hermoso dió

con la Juana, la nota brava é independiente del artista que pinta la realidad, como la perciben, embelleciéndola, sus ojos. Entre aquellos millares de lienzos pintados en el taller de espaldas al natural y entre aquellas extravagancias modernistas, la vista reposaba en los cuadros de Hermoso, con la complacencia y el descanso espiritual que produce la serena paz de la campiña riente y bulliciosa. Color, dibujo, composición y perspectiva se encontraron impecables y perfectos. Triunfó el pintor más aun que por la virtualidad de sus dotes soberanas de artista, por el contraste y la sorpresa.

A los dos años justos, el público esperaba de Hermoso un nuevo arranque de originalidad, un nuevo contraste y una sorpresa nueva. Y como Hermoso no ha cambiado, por lo menos para el gran público, y aunque domina hoy mejor el color y el dibujo, sigue fiel á su modo de interpretar la realidad, el público se ha llamado á engaño, defraudado en sus esperanzas de nuevas emociones. Y ha venido la desilusión y con ella la crítica sañuda que solo observa los defectos. ¡No pinta más que caras, se dice con tono de reproche! Y los que saben que pintar caras que trasluzcan el alma, es el ideal de la pintura, no pueden menos de tomar por elogio lo que se afirma como censura. ¡No sabe componer, es mal colorista, tiene mal gusto, no armoniza los colores, es incapaz de concebir y desarrollar un asunto, no pinta el ambiente! ¿Qué es entonces Hermoso? Según esas críticas, un extraviado ó un extravagante; un artista sin ponderación de facultades, sin esa amplia visión del paisaje, de las figuras y del color, que poseen los verdaderos maestros, y además un espíritu innovador é inquieto que desprecia las reglas y opiniones, sin tener el genio suficiente para sustituirlas por otras más convenientes y más justas. Para Jean Valjean, es lo que Greco para Polomino: una especie de Góngora de la pintura.

¿Es esto justo? Yo pido perdón para decir que esos juicios me parecen exagerados é injustos, á puro de encariñarse con la naciente gloria del pintor extremeño. Es tan viva, tan potente la personalidad artística de Eugenio Hermoso que, por un momento, concibieron algunos la esperanza quimérica, pero generosa, de ver reproducidos por un muchacho de veinte años, los primores que los grandes, los verdaderamente grandes, alcanzaron á fuerza de fracasos y tanteos. Es él tan despreocupado y tan sincero, se ha dado al público tan completamente, que no ha querido ocul-

tarle ni sus desfallecimientos ni sus caídas. Cuando pasen años, 15 ó 20, podremos decir si Eugenio Hermoso es un gran artista fracasado, un hombre que derrochó su genio torpemente, sin disciplinarle por la voluntad y el estudio.

Hoy sólo puede decirse de él que es un maestro *en formación*.

Yo no sé si me equivoco al juzgarle; pero me parece, como todos los excelsos artistas, un atormentado por el ansia de doblegar la rudeza de los medios, á la expresión de un ideal, más presentido que pensado. Busca la obra compendiosa y definitiva que sintetice un estado social, un pueblo ó una raza y que armonice á la vez con el estado pasional de la época en que vive y con alguna de las eternas aspiraciones del espíritu humano.

Es un modo alto y noble de comprender la misión artística. Lo que hay es que Hermoso quiere conseguir esto dentro de la escuela realista pura: él aspira á poner en una escena cualquiera de la vida corriente y sencilla, la idealidad, la poesía interna que Grecó logró, en la mayoría de los casos, á costa de la verdad real, aunque no de la verdad artística. Así, por ejemplo, en «El paseo» Hermoso aborda un asunto muchas veces tratado: la síntesis de las distintas edades de la vida. Ha podido componer un cuadro dentro de los antiguos procedimientos, dando á sus figuras una colocación quizá más artificiosa; desde luego más artística; pero él, obsesionado por la idea de lograr con la forma más sencilla y menos afectada, el máximun de expresión, ha convertido en un desfile monótono de figuras, algunas admirablemente pintadas, lo que hubiera podido ser, si hubiese querido, una acción interesante y animada.

Anda empeñado Hermoso en una difícilísima empresa: quiere pintar la realidad, y quiere al propio tiempo dar idealidad á sus producciones. Su concepto de la vida le lleva á la afirmación de que no hay en ella, para quien sabe observarla y sentirla, nada indiferente. Él cree que en cualquier escena familiar está la vida toda, como en un retrato está el alma del personaje, que no hay que buscar en la colocación de las figuras, en la intensidad dramática de la escena reproducida, el éxito del cuadro. Lleva al último límite la tendencia que arrinconó, ó poco menos, los cuadros con asunto histórico, pensando juiciosamente que los grandes hechos que la historia nos recuerda, al ser reproducidos pictóricamente, tienen menos valor documental que el que se desprende de las obras que copian lo contemporáneo.

Una obra cualquiera artística, será tanto más hermosa, cuanto más sugiera al contemplador. Sólo perduran las obras que pueden ser interpretadas de distinto modo. Lo genial, lo grandioso, deja siempre sumido al espíritu en la confusión y en la duda. Estos me parecen á mi los cánones estéticos de Eugenio Hermoso. Y para sugerir al contemplador un modo especial de ver la vida, el ánsia de un ideal no alcanzado jamás, y sugerir de paso un mundo de sentimientos y de ideas, con un cuadro de asunto aparentemente trivial, llega de propósito á romper con reglas y preceptos cuya observancia no es siempre perjudicial é inútil.

Yo no niego algunos de los defectos que se señalan en los cuadros que actualmente tiene expuestos: lo que afirmo es que, á mi juicio, no obedecen á agotamiento, ni mucho menos á impotencia; son esfuerzos, algunas veces dolorosos, para encontrar la orientación firme, la fórmula sintética de un estilo personal y nuevo á que Hermoso tiende, en mi opinión con plenitud de facultades para conseguirlo.

Lo ha logrado en las caras: esto lo afirman todos. A ellas dedica lo mejor de su arte, no porque no sepa pintar otra cosa, sino porque al fin y al cabo en cualquier figura lo más expresivo es la cara, y porque al pintarlas Hermoso, sabe poner en cada una de ellas una tristeza, un vicio, una pasión ó una esperanza.

Tiene momentos de fatiga. Diríase que á veces, inquietado por una concepción nueva de su mente, siempre en producción, descuida lo empezado, y deja sin concluir trozos y aun figuras de sus cuadros. Sobre todo los fondos, algunas veces se resienten de esto. Ya sé que todos aquellos fondos disonantes á la vista, no lo son en la mente del pintor. «En la era», esperábamos todos un cuadro de sol deslumbrador, de alegría y de movimiento. Pero el cuadro no es alegre. La tristeza de los eternos esclavos de una tierra que no es suya, transpira del cuadro. Un sol que iluminase con sus fulgores la escena, la habría quitado melancolía. Hermoso ha querido que esto no suceda y ha pintado un fondo gris y apagado.

Tiene también sus momentos de placidez y de alegría. «Manolita», la obra que más me gusta de la Exposición, lo prueba. El pintor ha encontrado medio de exteriorizar en un retrato la sana alegría con que una joven, una niña casi, se asoma á la existencia pasional y se ha complacido en pintar unos ojos y una sonrisa que son un canto triunfal á la vida y al amor.

Mucho más pudiera decir para justificar este modo de entender la personalidad artística de Eugenio Hermoso; pero sobre que eso me llevaría muy lejos, á hacer un juicio por el procedimiento de Taine, ni el tiempo ni el espacio me lo permiten, ni mucho menos la paciencia de los lectores, suponiendo que los tenga.

A Covarsí en cambio no pueden discutírsele sus progresos. Hay una distancia inmensa, tan grande, que parece imposible le haya recorrido en dos años, entre su «Atalayando»—y conste que siempre me pareció un cuadro muy estimable—y sus «Contrabandistas portugueses». Es este un cuadro de grandes dificultades de dibujo, de color, de perspectiva y de composición. Covarsí las ha sabido vencer gallardamente. Aquella tropa de contrabandistas marcha y marcha resuelta y denodadamente. Hay en sus caras, sobre todo en la del hombre del enorme sombrero, una decisión inquebrantable, una rudeza que revela el oficio. El grupo produce el mismo efecto y viene á completarlo la sobria tonalidad del fondo, y los ropajes recios, pardos, bastos, divinamente vistos por el pintor.

En sus otros cuadros prueba la universalidad de su talento y su gran cultura artística. Este muchacho parece exento de preocupaciones y cobardías. Yo le creo también en el camino derecho: ni se deja llevar por un fetichismo á lo antiguo, ni se plega tampoco á las extravagancias de última moda.

Pérez Giménez ha sido el artista más festejado de esta Exposición; gran parte por lo ya realizado, más todavía por lo que promete. Tiene un cuadro muy bien visto y compuesto y un zagalillo divinamente pintado. Maneja bien la luz y los colores y dibuja con brio.

LUIS BARDAJÍ.

LOS EXTREMEÑOS EN LAS CÓRTESES DE CÁDIZ ⁽¹⁾

V.

Dignísima representación dieron á Extremadura en las Cortes los extremeños Luxan, Calatrava, González Alonso, Laguna, Fernández Golfín, Carquete y el citado Vera y Pantoja, de cuyas personalidades, anotaré los datos más sobresalientes.

Don Manuel Luxan y Ruiz, fué nacido en Castuera y se doctoró en Derecho por la Universidad de Salamanca.

Encumbrado á la relatoría del Supremo Consejo de Castilla, por sus propios merecimientos y personaje bien quisto en Madrid por su envidiable posición y talentos, abandonó rendimientos y holguerras de su cargo profesional, para dedicarse enteramente á la defensa de las libertades pátrias.

Diputado á Córtes por Extremadura en 1810, fué elegido primer secretario de la Cámara, y su nombre dió realce á los ideales democráticos de la época. Fué autor del proyecto de abolición de la orden inquisitorial en España, tomado en cuenta por la diputación, que legisló de acuerdo con la información del ilustre proyectista.

Luxan falleció en Cádiz, víctima de la fiebre amarilla, y fué enterrado en el panteon que el Ayuntamiento de la ciudad gaditana alzó en honor de los diputados fallecidos en el cumplimiento de sus deberes de legisladores, que no huyeron los extragos de la epidemia...

(1) Véase el número anterior.

Don José María Calatrava, eminente hijo de Mérida, fué de los diputados más jóvenes de las Cortes de 1812. Compensaba en entereza y claro despejo lo que á su edad faltaba y sus probados arrestos y sus altas dotes gubernamentales, se habían sazonado en el seno de la Junta patriótica de Badajoz, de la cual fué el alma vigorosa.

Melilla fué el premio otorgado al pátrio civismo de Calatrava. Compañero en glorias de Muñoz Torrero, obtuvo el propio galardón, aunque no el triste final que su compatriota.

Muerto el deseado Fernando, Calatrava fué requerido por los españoles liberales, que no olvidaron nunca sus loables servicios á la causa constitucional, y Calatrava sirvió los más altos puestos de la nación con beneplácito general, distinguiéndose por su intachable rectitud y por su leal apoyo á otros ilustres extremeños, que como él sufrieron privaciones absolutistas y que se nombraron Espronceda (de Almendralejo), Alvarez Guerra (de Zafra), Landero Corchado (de Alburquerque), general Infante (de Villanueva del Fresno) y su hermano Ramón María, emérito como él.

Calatrava redactó el primer Código criminal de la nación.

Don Diego González Alonso, natural de Serradilla (Cáceres) y letrado por la Universidad salmantina, juró su cargo de prócer en las Cortes del año 12 y fué incondicional adicto á la política de Muñoz Torrero.

Hizo la guerra de la independencia como voluntario y fué prisionero y duramente maltratado por los franceses el año 10. En las Cortes contribuyó con su voto á la sanción legal de las reformas democráticas.

Cuando la persecución absolutista, tuvo la fortuna de huir para penar las amarguras de la emigración, de donde volvió el año 34, para indemnizarse en parte de los torcedores sufridos, desempeñando elevados cargos en la magistratura y finalizando la carrera en la Presidencia del Tribunal Supremo, habiendo antes sido Ministro de la Gobernación.

La figura de **Don Gregorio Laguna y Calderón de la Barca**, natural de Badajoz, da escaso relieve á Extremadura, como su representante en las Cortes gaditanas.

Fué militar bizarro y aguerrido y sus aficiones y entusiasmos

por la carrera de las armas, junto á la necesidad que España sentía de hombres del temple de Laguna, hicieron á este seguir gustoso las campañas guerreras, abandonando pronto las tareas legislativas.

La historia militar del general Laguna, fué brillante, y su hoja de servicios se plagó de relevantes méritos y de acciones que ennoblecieron el apellido del ilustre pacense.

En las Cortes figuró como absolutista.

Otro militar ilustre, honra de los ejércitos nacionales, donde alcanzó el grado de coronel, escritor versado y culto y ministro de la Guerra, liberal, fué **Don Francisco Fernández Golfín**, que vió la primera luz en Almendralejo.

Probó su valimiento en la guerra de nuestras libertades, y los altos prestigios que le adornaban le llevaron á las Cortes de Cádiz el año 10, en representación de Extremadura.

Golfín con su tesón y su amor á la causa democrática, prestó indudables servicios á las teorías que encarnaba el nuevo régimen constitucional, siendo en su vida política hombre de acción más que de palabras.

Ni los señalados sacrificios prestados por Golfín durante la invasión francesa, ni los achaques de su larga y trabajosa vida, fueron óbice para que sufriera tormento este esforzado paladín de la patria y de la libertad.

Fué uno de los compañeros de cadalso de Torrijos, y en el campo de los Mártires, de la ciudad de Málaga, reposan las cenizas de Golfín, con las cenizas de sus heróicos hermanos en el martirio.

Doctor en Teología y político liberal también, fué el hijo de Fuente de Cantos, **Don José Casquete y Ponce**, abad perpetuo de San Marcos de León y Obispo de Sésamo.

Su oratoria vibrante y enérgica y sus opiniones democráticas, le granjearon legítimas simpatías y le elevaron á la investidura de Diputado á Cortes por la región, en las Constituyentes del año 12.

Torrero, Calatrava, González Alonso y Golfín, fueron sus amigos en ideales, y con ellos formó el bloque regional, que tanto honró á la madre Extremadura, en las Cortes de Cádiz.

Nombre ilustre igualmente el de **Don Alonso Maria de la Vera**

y Pantoja, nacido en Mérida, donde fué regidor perpétuo y hermano del valiente mariscal D. Fernando, Gobernador de Madrid, el glorioso día 2 de Mayo de 1808.

D. Alonso María abandonó pronto la carrera militar, á la que dedicó su primera juventud y se consagró por entero á los estudios administrativos y al cuidado de su pingüe hacienda.

Durante la guerra de la independencia, D. Alonso donó considerables sumas al mejor éxito; equipó de su cuenta un ejército de voluntarios y de su peculio también, costeó alimentos y socorrió espléndidamente á los heridos de la campaña, que afluían á la ciudad emeritense.

Elegido diputado en las Constituyentes del año 12, Vera y Pantoja no figuró entre los diputados que se afiliaron á la causa liberal.

Amigo del Obispo Quevedo y de las ideas sustentadas por él, Vera fué de los escasos próceres que tuvieron el valor de confesar públicamente sus ideas reaccionarias, en época tan peligrosa de confesiones tales, por lo desarmónicas con el comun sentir de la gran masa social.

VI.

Cuatro palabras para hacer mención de dos nombres extremeños, que si bien no ostentó la investidura de diputado el uno, ni el otro representó á Extremadura, ni por hijo de la región consta, por tal tiene la tierra extremeña al último y como colaborador eficaz al trabajo legislativo constitucional, merece considerarse al primero.

Refiérome á D. Bartolomé José Gallardo y á D. Manuel José Quintana; poetas, historiadores y literatos esclarecidos los dos, épico grande el segundo, satírico mordaz aquel y ambos dignos, laboriosos y patrióticos ingenios.

Don Manuel José Quintana nació en Madrid; pero sus progenitores nacieron y constituyeron familia en Cabeza del Buey, donde hubiese nacido el vate, si azares del vivir no llevaran á la Corte á sus amantes padres.

Educó á Quintana el Garcilaso extremeño, Meléndez Valdés; sangre de la región corrió por las venas del poeta heróico; amores de su alma noble guardó siempre á la tierra bendita donde sus padres vieran la luz; en ella buscó el descanso y confortó el

espíritu en las vicisitudes de su luminoso vivir; aficiones y cuidados reservó para los extremeños cuyas amistades cultivaba con particular cariño... ¿y una pueril partida de nacimiento, ha de privarnos de la honra, de que llamemos nuestro, al genio que nuestro fué, por inclinaciones del alma, latires del corazón y arraigos del abolengo?

Quintana elevó su voz privilegiada en las proclamas de la Junta regional y cantó las glorias nacionales... Sufrió persecuciones y calabozo, por su acendrada fé de buen patriota. La patria adoró en su civismo, y sobre su corona de canas, la patria agradecida tegió corona de laurel, para glorificarle en vida... No precisaba de ello el poeta; sus obras renuevan el laurel cada día.

El autor del Diccionario burlesco, que se nombró en el mundo **Bartolomé José Gallardo**, nació en Campanario. Estudiante de Medicina, voluntario de la guerra, secretario del Conde de Montijo, políglota, desterrado, prócer después, bibliófilo, escritor agresivo, trovador errante y chistoso encarcelado por sus agudezas y decires, todo lo fué el peregrino burlón extremeño.

Nombrado por las Córtes su bibliotecario el año 12, llenó su cometido con unánime satisfacción, habiendo obtenido el cargo merced al decidido favor de los diputados extremeños.

Gallardo fustigó con su musa retozona é implacable á los próceres absolutistas, y fué su personalidad el encanto de la chispeante ciudad gaditana, donde era popular.

La vida del atraviliario Quevedo extremeño, está plagada de accidentes y lances, que se prestan á muy hondas consideraciones.

Gallardo emigrado, regresó á España cuando la caída del absolutismo y fué protegido por los hombres de valer, singularmente por los de Extremadura, y aun más en particular por el extremeño ministro Alvarez Guerra.

VII.

Llego al fin de mi trabajo, íntimamente convencido de su men- guado valor.

No pretendo haber realzado como se merece la labor social de aquellos exclarecidos extremeños, que honraron la región en

las Córtes de Cádiz y abrigo la desconfianza de haber incurrido, acaso, en pecado de omisión, respecto á otras personalidades dignas también de figurar en este modesto índice.

Por índice nomina', ha de tenerse el escrito, para calificarlo debidamente. Los estudios biográficos no caben dentro de la índole de estas sencillas contribuciones al conocimiento de las personalidades salientes de una región, con precisión de tiempo; ni los moldes en que se vacian los trabajos circunstanciales y sujetos á pie forzado, permiten tal extensión.

Por otra parte, pretensión vana fuera en mi, biografiar las vidas ilustres de los Torenos, Quevedos, Calatravas, Quintanas y Gallardos, cuando plumas bien cortadas se han honrado en dicha loable labor.

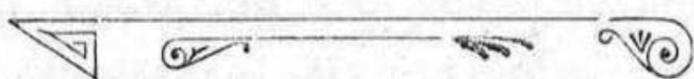
Mis ocupaciones fueron más limitadas, y por tanto el logro que ambiciono más pueril..... ¡Si en el cielo del civilismo pátrio, lucieron estrellas de primera magnitud, no olvidemos por eso el modesto fulgor de las estrellas menos vivas!.....

Este pensamiento ha informado mi escrito... En otra forma... Al lado de los extremeños de renombre nacional, otros ilustres de la región, honraron la patria chica, en las gloriosas cortes de Cadiz, y permanecen obscurecidos.

¡Feliz yo si he logrado reverdecer el laurel de nuestros inmortales de Extremadura, y despertar el sentimiento del alma regional, en favor de los beneméritos extremeños de las Córtes de Cádiz, olvidados injustamente!.....

LUIS R. VARO.

Legajo



El telégrafo nos trajo repetidas veces noticias de Sanúcar de Barrameda, y siempre nos decían éstas, que la Colonia de niños pobres, escrofulosos y raquíticos que de Badajoz fué allá, sobre ser recibida con grandes manifestaciones de entusiasmo, era tratada con el más halagador de los cariños, y que disfrutaba toda ella del más absoluto bienestar; hoy con motivo del retraso involuntario del presente número de ARCHIVO, nos han demostrado esto último los semblantes reveladores de nueva savia, de nueva vida, de los colonos mismos, que acaban de arribar.

El espectáculo que al llegar la Colonia ofrecía el anden de la estación de Badajoz, no es para descrito, ni para descrita tampoco la alegría de las madres al ver á sus hijos llegar pletóricos de salud y de vida.

Tan hermosas escenas son de las que se graban en el corazón y no se olvidan nunca.

Nuestra felicitación y nuestra gratitud como extremeños á la Junta de Colonias y á todos los que de algún modo ayudaron á ésta á realizar de un modo tan brillante la hermosa obra á que acaba de ponerse remate, y nuestro deseo vehementísimo de que el triunfo obtenido, le sirva de estímulo á no interrumpirla en los años que siguen.

* * *

Juan Luis Cordero Gómez. Este es el nombre de otro poeta extremeño. Como Monterrey, labora sus versos en la placentera

calma de la noche, hurtando horas al descanso, después de una faena ruda en su oficio de constructor de carros.

La misma recia y encallecida mano que empuña el hacha, bastando troncos de encina, es la que coje luego la pluma en el reposo de su faena, y cincela con exquisito arte la filigrana de sus versos. ¿No es esto sorprendente? Sí, verdad? Pues bien, lector, en las columnas de este número, puedes saborear una delicada poesía de Cordero. Nosotros nos complacemos en presentártelo. Es natural de Arroyo del Puerco y hoy está en Cáceres, trabajando en un taller de obra basta.

¡Qué irónica es la suerte!



El Vicepresidente de la Comisión de Monumentos de Sevilla, D. José Gestoso, que anteriormente nos envió un trabajo curiosísimo intitulado «Los moriscos en Hornachos», honra hoy de nuevo nuestra revista con otro que colocamos en preferente lugar y que se denomina «Notas artísticas Llerenenses», en el que nuestro erudito colaborador, de documentos que analiza y copia en lo que interesa, deduce que hay ó debe haber en Llerena retablos y pinturas de uno de los más eximios pintores que florecieron en la hermosa capital andaluza, en el primer tercio del siglo XVI, de Pedro Hernández de Guadalupe y de un Miguel Sánchez que por encargo de aquel los terminara, así como otros del también renombrado pintor de la misma época, Antonio Pérez, que hizo algunos trabajos para la Catedral de Sevilla, erminando el Sr. Gestoso por copiar parte de una obligación suscripta en 1597, por la que puede y debe suponerse que el famoso Juan Martínez Montañés y el no menos insigne Juan de Oviedo, hicieron un retablo para un convento de monjas de Llerena.

El Sr. Gestoso, que revela conocer más que nosotros mismos la Extremadura histórico-artística, abre el corazón á la esperanza, en su trabajo, esperando que algún curioso llerenense descubra en dicha ciudad las obras citadas; nosotros también, permitiéndonos aludir para ello á los cultos letrados Sres. Carrasco y Vidarte; á los literatos Sres. D. José Fernández, Fernando Santos, *Erredé* y demás personas ilustradas en cuestiones de arte, que allí viven, á las que ofrecemos las páginas de ARCHIVO, para que en ellas puedan dar á conocer el resultado de sus investigaciones,

La solicitud del Sr. Gestoso y el amor que revela á Extremadura, cuando no otra cosa, merecen que los hombres ilustrados de Llerena no lean con indiferencia su trabajo.

* * *

La noticia de que ARCHIVO EXTREMEÑO publicaría entre sus obras la que el malogrado historiador extremeño D. Matías Ramón Martínez dejó inédita, intitulada «Mérida romana y visigótica», hizo decir á un estimable periódico de la capital, que nos distingue con su singular afecto, que eso sería un aliciente más para que aumentase el número de los abonados á esta revista, en Extremadura, y sobre todo en Mérida.

Eso era lo natural, y el periódico amigo lo dijo como lo sentía; pero sobre lo natural están otras cosas que al buen juicio de los lectores dejamos que deduzcan cuales son, y de Mérida más que de ninguna parte, después de esa noticia, nos han sido devueltos recibos de personas ilustradas á quienes se les envió por espacio de seis meses esta revista, sin que de ellos llegara á Badajoz un solo número que revelase su no aceptación.

Claro es que esto no será motivo para que deje de publicarse ARCHIVO EXTREMEÑO. Con la suscripción de dichos señores y sin ella, como con ó sin la de otros que fuera de allí les han imitado, nunca en tan crecido número, esta revista vivirá en tanto cuenta con el favor de los que honran con sus nombres la lista de abonados, y tenga al frente de ella personas dispuestas al sacrificio por ayudar á la cultura patria, siquiera los menos se lo agradezcan.

Su labor, ahí quedará; y si no la generación presente, la futura, quizá menos positivista, la estimará en lo que vale.

* * *

Y vamos á cerrar el legajo de hoy con una nota en extremo agradable para nosotros, la de haber sido favorecido con el primer accesit al tema 1.^o, una poesía de nuestro asíduo y estimado colaborador el jóven D. Manuel Monterrey, en los Juegos Florales de Málaga; en el mismo certamen, con otro accesit, por una obra dramática denominada «Los Egoistas», el director del *Nuevo Diario de Badajoz*, y con un premio en otra fiesta análoga que se prepara en Almería, el redactor del *Noticiero Extremeño*, D. Manuel Sánchez Cuesta. Reciban nuestra felicitación.—BALDUQUE.